

Apertura Curso Académico 2025-2026

Un español en el Capitolio: Bernardo de Gálvez y el apoyo de España a la independencia de los Estados Unidos

María Saavedra Inaraja

Directora de la Cátedra Internacional CEU Elcano.

Historia y Cultura Naval

Universidad CEU San Pablo

**Un español en el Capitolio: Bernardo de Gálvez y el apoyo de España
a la independencia de los Estados Unidos**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

© María Saavedra Inaraja, 2025

© De la edición, Fundación Universitaria San Pablo CEU, 2025

Maquetación: Andrea Nieto Alonso (CEU *Ediciones*)

CEU *Ediciones*

Julián Romea 18, 28003 Madrid

www.ceuediciones.es

Depósito legal: M-20071-2025

*Estimadas autoridades académicas,
queridos compañeros,
queridos alumnos de la Universidad CEU San Pablo:*

Ante todo, quisiera transmitir mi agradecimiento a las autoridades de la Universidad y al decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Comunicación, quienes amablemente me brindaron el honor de impartir esta lección magistral.

1. Reconocimiento de la actuación de España en la Guerra de Independencia de los Estados Unidos

«Algunos dicen que no hubiéramos sido un país independiente sin vosotros».

Palabras pronunciadas por Joe Biden, presidente de los Estados Unidos,
en visita oficial a España el 28 de junio de 2022

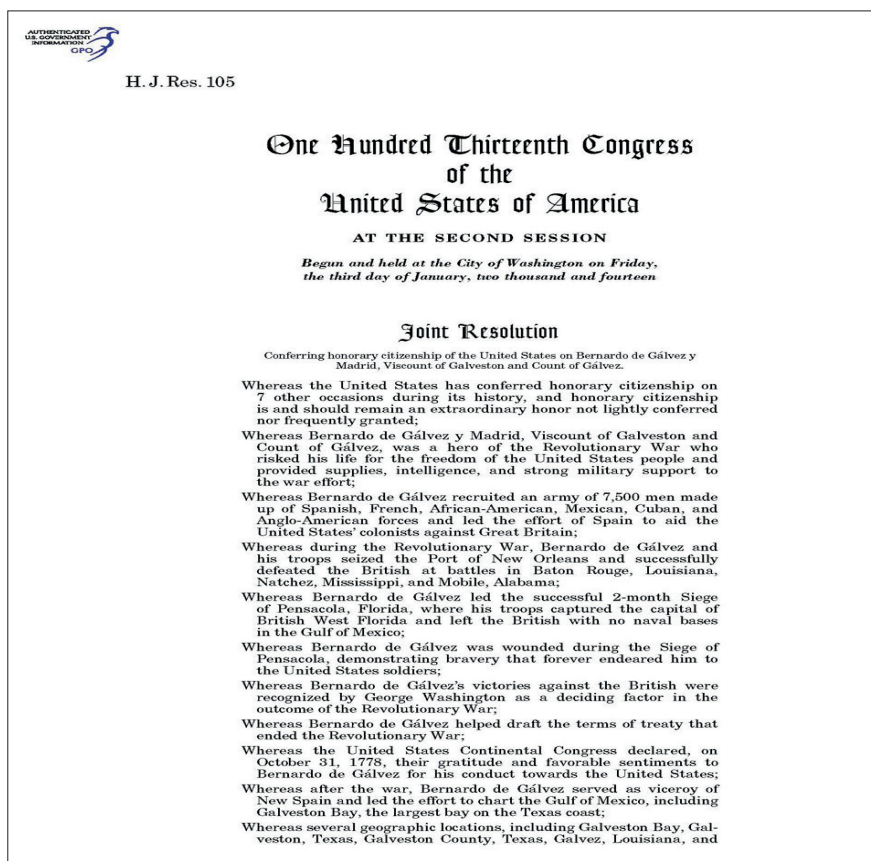
*Whereas Bernardo de Gálvez played an integral role in the
Revolutionary War and helped secure the independence
of the United States: Now, therefore, be it:*

*Resolved by the Senate and House of Representatives
of the United States of America in Congress assembled,
That Bernardode Gálvez y Madrid, Viscount of Galveston
and Count of Gálvez, is proclaimed posthumously
to be an honorary citizen of the United States.*

Resolución conjunta
Confiriendo la ciudadanía honoraria de los Estados Unidos
a Bernardo de Gálvez y Madrid, Vizconde de Galveston y Conde de Gálvez.
Washington, 3 de enero de 2014

Me gustaría comenzar esta intervención señalando un dato que ayudará a enmarcar las siguientes consideraciones. En la historia de los Estados Unidos, ocho personas han recibido la distinción de ciudadano honorífico. Entre ellas se encuentran personas de gran relevancia, como Winston Churchill, la Madre Teresa

de Calcuta o Raoul Wallemberg¹. Pues bien, el octavo de ellos, nombrado a propuesta del Congreso estadounidense y proclamado por el presidente Obama en 2014, fue un militar y político español, Bernardo de Gálvez. Igual distinción han recibido otros dos militares extranjeros, considerados héroes de la revolución americana: el marqués de Lafayette (en 2002) y el polaco Kazimierz Pułaski (en 2009). Creo que el nombre de Lafayette es bien conocido, tanto por su participación en la Guerra de Independencia de Norteamérica como por su protagonismo en la Revolución Francesa. En Francia es más que reconocido y su nombre se encuentra en monumentos, galerías comerciales...



Decreto de nombramiento de Bernardo de Gálvez como ciudadano honorario de los Estados Unidos

¹ Diplomático sueco que salvó a miles de judíos húngaros del holocausto.

¿Y cuál es el reconocimiento de Bernardo de Gálvez en España, su tierra natal, y en los Estados Unidos? Lamentablemente, en un país como España, que gusta más de lo trágico que de la épica, Gálvez ha pasado casi desapercibido para el gran público e incluso en muchos manuales de historia. Afortunadamente, el esfuerzo de diversas instituciones ha logrado que esta figura comience a tener el reconocimiento que merece, tanto en España como en los Estados Unidos. Estas actuaciones han logrado dos hitos de gran relevancia. Por una parte, la colocación de un retrato del militar en la sede del Senado de los Estados Unidos. Tuvo lugar en 2014, pero su origen se remonta a dos siglos atrás, a la decisión tomada por el Congreso estadounidense el 9 de mayo de 1783. El entonces secretario de Estado, John Jay, comunicaba por carta a Oliver Pollock el visto bueno del Congreso americano para que el retrato de Bernardo de Gálvez pudiera estar colgado en «la Casa del Presidente, en consideración a la temprana y profunda amistad que tan distinguido señor demostró a estos Estados Unidos». Se reconocía así su heroica actuación en batallas decisivas para la independencia como Mobila, y Pensacola. Más de dos siglos después, se cumplía esta promesa. El segundo de los logros obtenidos fue el nombramiento de Gálvez como ciudadano honorífico, a título póstumo, que ya se ha mencionado.

Otro dato que nos parece significativo es el anuncio por parte de la Marina estadounidense de que una de las fragatas de última generación se llamara «USS Gálvez». Carlos del Toro, secretario de Marina estadounidense, en una visita a España en 2024, quiso acentuar la figura del español, señalando que «Gálvez no fue sólo un partidario en la lejanía: sus acciones influyeron directamente en el curso de la guerra y ayudaron a asegurar la independencia estadounidense». Nuevo reconocimiento al militar, pero hemos de entender que, más allá del hombre, había un reino que impulsó aquellas acciones.

Y ahora que se acerca el 250º aniversario de la declaración de independencia de los Estados Unidos, y del comienzo de su lucha contra Inglaterra, nos parece un momento más que oportuno para que cobren protagonismo otros muchos hombres que contribuyeron a apoyar la causa de las Trece Colonias. Porque Gálvez, gobernador por entonces de Luisiana, no actuó en solitario y por iniciativa propia. Sus acciones respondían a un deseo de la Monarquía española. Es decir, se enmarcan en lo que llegó a ser una empresa de Estado bajo el reinado de Carlos III.



Inauguración del retrato de Bernardo de Gálvez en el Capitolio.

Corresponde a este momento de la historia ensalzar los nombres de otros españoles que participaron de manera decisiva en el nacimiento de los Estados Unidos. A uno de ellos, Luis de Unzaga, se atribuye incluso ser el creador del nombre del nuevo país. Así se deduce de una carta de Washington dirigida al coronel Joseph Reed el 30 de noviembre de 1776, pocos meses después de la declaración de Independencia.

I have just receiv'd a most flattering letter from Don Louis Venzaga [Luis de Unzaga y Amézaga], Governor of N. Orleans –**He gives me the title of General de los Estados Unidos Americanos**, which is a tolerable step towards declaring himself our ally in positive terms– the substance is that He is sensible of the vast advantages which must result from the separation to his Master and Nation².

A lo largo de esta intervención se señalarán algunos de las actuaciones más significativas de España en la guerra. Pero conviene mencionar ya a figuras que tuvieron, al menos, tanta relevancia como la del malagueño Bernardo de Gálvez y que, sin embargo, han pasado aun más desapercibidas.

2 «George Washington to Colonel Joseph Reed, 30 November 1776», Founders Online, National Archives, <https://founders.archives.gov/documents/Washington/03-07-02-0171>. [Original source: The Papers of George Washington, Revolutionary War Series, vol. 7, 21 October 1776–5 January 1777, ed. Philander D. Chase. Charlottesville: University Press of Virginia, 1997, pp. 237–239.]



Carlos III, rey de España. Andrés de la Calleja, ca. 1770. Museo Naval

Papel clave en la diplomacia y las difíciles negociaciones con Francia e Inglaterra tuvo Pedro Pablo Abarca de Bolea, conde de Aranda, por entonces embajador de España en la corte francesa. Sus dotes de negociación, manejo de espías y maneras ambiguas a la hora de expresar la postura de España en la guerra permitieron «conceder sin ceder» en múltiples ocasiones. Fue Aranda quien, desde los inicios de la guerra, se reunió con los comisionados del Congreso americano que viajaron a Europa para conseguir ayudas destinadas a la causa independentista.

Son muchas las cartas y documentos que ratifican esta relación de Aranda con Benjamin Franklin, Silas Dean y Arthur Lee antes de que España entrara formalmente en la guerra. Eso sí, antes de 1779 les ponía como condición necesaria para lograr ayuda «oficiosa» de España que las negociaciones se hicieran siempre en París. De esta manera, los ingleses no podrían protestar ante un supuesto reconocimiento por parte de España a la nación rebelde.

Floridablanca, secretario de Estado, también tuvo su papel como interlocutor del embajador Aranda, transmitiendo al rey las noticias que iban llegando desde París. Y estas eran muy importantes. Se trataba de conocer las decisiones tomadas –o por tomar– de Luis XVI, así como los pasos dados por los rebeldes americanos, y las acciones que en la Corte británica se estaban llevando a cabo para frenar la rebelión de los colonos.

En la correspondencia entre el rey y estos dos políticos, descubrimos las claves de actuación de España en los múltiples escenarios de la guerra. Y las decisiones políticas de más alto nivel –más o menos claras hasta la declaración de guerra– fueron el motor para que otros hombres se involucraran desde diversos ámbitos en el apoyo a los colonos: al principio de manera solapada, para pasar a la actividad visible a partir de 1779. Militares, diplomáticos, espías, comerciantes... todos contribuyeron a facilitar la lucha de los habitantes de las Trece Colonias contra su metrópoli.

En el plano militar, además de Gálvez, queremos destacar los nombres de dos marinos miembros de la Real Armada: Luis de Córdova y Córdova, y José Solano y Bote. Este último recibió el título de marqués del Socorro precisamente por su apoyo a las tropas de Gálvez en la toma de Pensacola y la defensa de los territorios españoles en el golfo de México. Córdova, por su parte, fue condecorado con la Gran Cruz de la Orden de Carlos III. La Armada conjunta hispano-francesa, con sus maniobras de distracción y división de la *Royal Navy*, fue absolutamente imprescindible para el resultado final del conflicto.

Un aspecto sin el que habría sido impensable lograr la victoria es el financiero. Desde los territorios hispanos de América, especialmente Cuba y Luisiana, así como desde la península, se hizo llegar continuamente ayuda material a los colonos. Ya fuera en forma de préstamos o de donaciones, llegaban al norte barcos cargados de caudales, telas, uniformes, armas, y todo tipo de víveres y pertrechos que pudiera ayudar a la causa norteamericana. Como protagonistas de esta actividad es preciso destacar dos figuras: Diego Gardoqui y Juan de Miralles. Ambos obtendrán el reconocimiento estadounidense por sus acciones durante la guerra. Gardoqui se convirtió en el primer embajador de España en los Estados Unidos, y Miralles llegó a ser amigo íntimo de Washington que, a su muerte, quiso se le rindieran funerales de Estado.

Finalmente, el arma fundamental que no puede faltar en una guerra es el espionaje. Aranda supo tejer una importante red de espías en Inglaterra, en la propia Francia y en los territorios que ambos reinos conservaban en América. Y es en este punto donde sobresale una figura clave, Francisco de Saavedra. Fue este último militar, político, espía y –muy importante– gran amigo de Bernardo de Gálvez, con quien coincidía en la visión de lo que España debía hacer en la contienda, y en el modo de llevarlo a cabo.

Después de este merecido recuerdo a las personas que tuvieron un papel protagonista a lo largo de toda la Guerra de Independencia, y conscientes de que hemos dejado fuera a muchos otros, veamos las causas de la entrada de España en la guerra, así como la estrategia puesta en marcha, y las consecuencias derivadas de la firma de los tratados de paz.

2. ¿Convenía esta guerra a la Corona española?

Antes de comenzar con el desarrollo y el apoyo oficial de España a los rebeldes a partir de junio de 1779, es preciso crear un contexto que nos ayude a comprender las motivaciones de una decisión que ya en su día generó muchas dudas.

Una nueva realidad geopolítica

Recordemos que el siglo XVIII comienza con la guerra de sucesión por el trono español. Luis XIV de Francia quería a toda costa que fuera su nieto Felipe de Anjou el sucesor de Carlos II, muerto sin descendencia. Esto proporcionaría a ambos países una alianza basada en los lazos familiares de los Borbón a ambos lados del Pirineo. Frente al candidato Borbón, se alzaba el archiduque Carlos de Habsburgo, basando su legitimidad en derechos dinásticos. La lucha tuvo varios escenarios, y distintos contendientes y adquirió carácter internacional al entrar Inglaterra a favor del austríaco.

Es bien sabido cómo terminó la guerra: Felipe V finalmente ocupó el trono español, pero España pagó un alto precio; tuvo que entregar Gibraltar y Menorca a los británicos, que habían ocupado estos territorios durante la contienda. La necesidad de revertir esta realidad fue una constante en la política española del siglo XVIII.

Tal como había previsto el rey francés, una vez asentado Felipe V en el trono, la alianza entre Francia y España se fue consolidando y concretando a través de la firma de los Pactos de Familia. Desde el punto de vista de las relaciones internacionales, la alianza franco-española tendría como enemigo permanente a otra alianza: la anglo-portuguesa. En este tablero se va a mover la política española durante todo el siglo XVIII.

No está de más recordar que nos encontramos en la época de los grandes imperios. Los cuatro países mencionados contaban con territorios en América, África y Asia. Sólo una buena estrategia y el mantenimiento de ejércitos y armadas podían garantizar la preservación de aquellos. Muy brevemente, consideremos los dos conflictos que precedieron a la Guerra de Independencia de las Trece Colonias, y que explican la postura de España en esta contienda.

En primer lugar, la Guerra del Asiento (1739-1748), más conocida en España como *Guerra de la Oreja de Jenkins* a consecuencia de un incidente producido entre un capitán español y uno inglés (Jenkins) en aguas del golfo de México. En realidad, el suceso mencionado fue lo de menos. Los ingleses estaban cansados de las trabas que España ponía para comerciar con sus territorios americanos, y la excusa del capitán Jenkins proporcionó un motivo para iniciar un enfrentamiento que ya se

intuía cercano entre España e Inglaterra. El conflicto adquirió mayores proporciones cuando se fueron sumando otros países que luchaban por diferentes causas, como la guerra de sucesión austríaca. Finalmente, la guerra terminó sin apenas cambios en la distribución territorial, pero debilitó las fuerzas económicas y militares de unos países que aún no se habían recuperado de la guerra de sucesión.

Más relevante y perjudicial para las arcas y los ejércitos de todas las partes implicadas fue el estallido de la *Guerra de los Siete Años* (1756-1763), considerada por algunos como la primera guerra mundial de la historia, por sus múltiples escenarios y por la cantidad de países implicados.



Los imperios europeos en la Guerra de los Siete Años

Lo que se inició como un enfrentamiento entre Francia e Inglaterra acabó arrastrando a España, a través del segundo Pacto de Familia. Una vez más, los escenarios fueron diversos, lo que suponía una dispersión de las fuerzas. El resultado, en términos españoles, fue nefasto. Francia perdía a favor de Inglaterra sus territorios en el norte de América (actual Canadá), que pasaban a manos británicas. Además, Inglaterra se hizo con el control de la Florida española, enclave estratégico por su

posición en el golfo de México. Por último, Francia, en agradecimiento al apoyo prestado por España, cedió a Carlos III la Luisiana, que ya en su momento, se consideró como un regalo «envenenado». Al fin y al cabo, esos territorios al oeste de Florida, aunque tenían gran valor por su situación con respecto al Misisipi, eran tierras de indios apenas colonizadas y organizadas por familias de colonos franceses. Tampoco ayudó la hostilidad con que esos colonos tuvieron que asumir el cambio de soberanía. De un día para otro dejaban de ser vasallos del rey de Francia para convertirse en súbditos de la Corona española.

Es preciso mencionar que los tres países, con una economía ya resentida a causa de los anteriores enfrentamientos, se encontraron en una situación muy precaria en cuanto a la escasez de recursos para afrontar el último tercio de siglo. En el caso de la Gran Bretaña, se tomó la decisión de aumentar los impuestos a sus colonias, lo que condujo a un creciente malestar entre los habitantes de las Trece Colonias, que acabaría provocando la ruptura con la metrópoli y el estallido de la guerra de independencia. Las protestas serían alimentadas, además, por textos revolucionarios como los de Thomas Paine y algunos escritos de los ilustrados franceses.

Aunque el descontento era creciente, no todos los colonos estaban de acuerdo con la ruptura: muchos preferían negociar con el Parlamento londinense antes de iniciar una guerra que se intuía cruda y con pocos visos de victoria, salvo que pudieran contar con el apoyo de potencias extranjeras. Esto hizo que la guerra de independencia tuviera también carácter de contienda civil: rebeldes contra realistas. El movimiento rupturista fue adquiriendo fuerza, y se vehiculó a través de los Congresos Continentales de Filadelfia, que reunían a representantes de cada colonia y se celebraron en 1774, 1775 y 1776. En el último de ellos triunfó definitivamente la opción militar, declarando su independencia frente a Inglaterra y dando comienzo a las hostilidades.

Nació así el ejército continental, bajo las órdenes de George Washington. Había entre sus tropas mucha decisión, pero poco entrenamiento. Se enfrentaba al reto de transformar las milicias populares en un auténtico ejército. A esta dificultad se unía la falta de una Armada de guerra. La preparación de la tropa se logró gracias al trabajo del general prusiano Von Steuben, que, a través del rey de Francia, se unió al ejército continental, poniendo sus conocimientos al servicio de los rebeldes, a los que logró instruir en el arte de la guerra.

Los rebeldes, conscientes de su debilidad, solicitaron ayuda a Francia y España en junio de 1776. Sin embargo, ambos países tardaron en involucrarse oficialmente en la guerra, haciéndolo Francia en 1778 y España en 1779. Esta tardanza responde a una serie de razones políticas y estratégicas que veremos a continuación.

Las dos monarquías de la casa de Borbón se plantearon cuál debía ser la postura más conveniente para sus intereses. La realidad, más allá de una visión más o menos idealista, es que el apoyo a unos rebeldes contra la institución monárquica no era plato de gusto para los dos reyes absolutistas. Jugaban, en realidad, muchos otros factores que iban a pesar en las decisiones de los monarcas. Recordemos las sucesivas derrotas contra Inglaterra en los decenios anteriores y el deseo de aprovechar una oportunidad para humillar a su eterno rival.

Es preciso tener en cuenta la realidad global para comprender la implicación de Francia y España en el conflicto. De hecho, su determinación final de declarar la guerra a Inglaterra se debió a razones geopolíticas que iban más allá del deseo de independencia de los colonos.

La idea que se manejaba en las Cortes de España y Francia era la de aprovechar que Inglaterra estaba sumida en el conflicto americano, para debilitar a los británicos obligándolos a distribuir sus recursos en diversos frentes. En el caso español, recordemos la espina de Gibraltar, Menorca y Florida, los territorios perdidos a lo largo del siglo. Además, se tenía la certeza de que, mientras los británicos mantuvieran la posesión de Jamaica, los territorios hispanos de la región no estarían seguros. De esta manera, otro de los objetivos de España era expulsar a los ingleses de la isla para garantizar su plena soberanía en el Caribe y el golfo de México.

Junto a estos intereses, había otros elementos en sentido contrario que pesaban en el ánimo del rey Carlos III y sus consejeros. Aparte de la posible incongruencia de prestar apoyo a un movimiento antimonárquico, existía el peligro de que tal movimiento tuviera su réplica en los territorios españoles de América.

En cuestiones de política internacional, el engaño y los acuerdos secretos son una constante. Conocemos que, a pesar de los pactos oficiales, tanto Francia como España tantearon sus posibilidades de forjar alianzas bilaterales secretas con el rey Jorge III de Inglaterra. Francia se postuló ante Inglaterra como posible mediador en el conflicto, sin decir nada a España (aunque a Aranda nada se le escapaba, gracias a esa red de espías que iba tejiendo desde París). A la vez, en España se barajaba la opción de apoyar a Inglaterra contra los rebeldes a cambio de recuperar Gibraltar, y en estos términos se inició una serie de negociaciones, todas ellas finalmente frustradas. Como se ve, el juego de estrategia en las relaciones internacionales se mueve, desde antiguo, sobre un tablero muy movedizo.

Acerca del incierto futuro de todo el continente americano: ¿qué objetivos se marcarían los territorios independientes del norte cuando estuvieran constituidos

en nación? La población de las Trece Colonias era limitada al principio, pero se encontraba en permanente crecimiento, lo que inevitablemente le llevaría a extender sus territorios hacia el oeste. ¿Y no miraría también al sur, al virreinato de la Nueva España? El apoyo a los colonos se convertía así en un arma de doble filo. Algunos políticos del momento quisieron convencerse de que los Estados Unidos, a cambio del apoyo de España, se mantendrían al margen de sus intereses en el continente. Errónea y peligrosa consideración.

Como han señalado varios especialistas, España había de ser muy precavida. Si se enfrentaba abiertamente a los británicos podía perder mucho, dada la potencia de la Armada inglesa y la enorme extensión de nuestros dominios. Por este motivo era absolutamente necesario garantizar el apoyo francés a los intereses españoles.

Fracasadas las negociaciones de Carlos III para sellar un pacto secreto con Inglaterra que le permitiría recuperar Gibraltar, parecía inevitable la guerra. Sin embargo, como se ha mencionado, España no entró oficialmente en el conflicto hasta la declaración de guerra contra Inglaterra el 21 de junio de 1779. Se habían agotado todos los recursos diplomáticos iniciados desde que se alzaran los rebeldes en julio de 1776. Las conversaciones hispano-británicas se habían ido enrajeciendo, hasta llegar a un estado de hostilidad manifiesta. El 3 de abril de 1779, Floridablanca envió un ultimátum a Londres para que aceptara la mediación de España en el conflicto con los colonos. Al mismo tiempo, el 12 de abril de 1779 se firmaba en Aranjuez un tratado secreto con el embajador de Francia en cuya virtud, si Gran Bretaña no aceptaba la mediación española, Su Majestad Católica haría causa común con el Rey Cristianísimo y declararía a Londres la guerra. Los ministros de ambas potencias determinarían el momento oportuno de verificar la entrada española en la guerra, a fin de no perjudicar las operaciones en curso (recordemos que Francia había declarado su apoyo a las Trece Colonias en febrero de 1778)³. La estrategia conjunta pasaba por planificar la invasión de Inglaterra y amenazar la supervivencia de su soberanía en los territorios coloniales. Por último, en este tratado se recordaban ciertos artículos del Pacto de Familia que convenía respetar escrupulosamente.

Esta era la realidad aparente de la postura de España: neutralidad hasta el verano de 1779. Sin embargo, la Corona llevaba ya años apoyando de manera encubierta a los colonos, sin que mediara una declaración de guerra contra los ingleses. Veamos cómo fue ese apoyo «clandestino».

3 Este apoyo francés sólo se decidió cuando la victoria continental en Saratoga (octubre de 1777) permitió confiar en que las Trece Colonias podrían lograr su independencia.

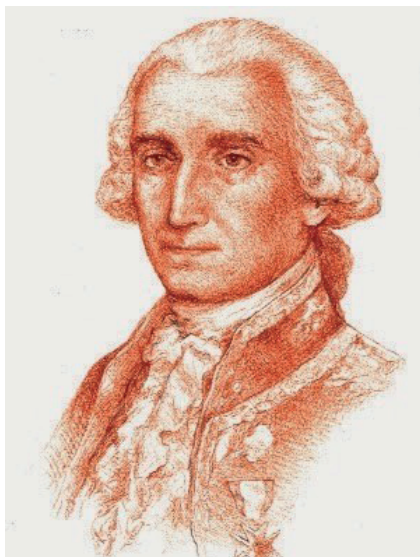
3. Apoyo no oficial a los independentistas

En el Archivo General de Indias se conserva un documento firmado el 22 de mayo de 1776 en el que la Convención de Virginia solicitaba expresamente la colaboración española en la causa independentista. La carta, escrita desde Williamsburg, iba destinada al Gobierno español a través del entonces gobernador de Luisiana, Luis de Unzaga. En los mismos términos se dirigían al gobierno francés. A Francia y España les interesaba, por los motivos señalados, colaborar con la revolución americana, porque suponía una clara oportunidad para debilitar a Inglaterra. Pero, a la vez, la prudencia los llevó a adoptar en sus inicios una supuesta neutralidad, tratando de evitar un conflicto de incierto resultado.

La realidad fue que ambas naciones aportaron dinero, pertrechos militares, medicamentos, etc. Además, España brindó apoyo a los colonos desde territorios españoles en América, dando refugio a sus barcos, lo que provocó reiteradas protestas de los británicos.

Los ingleses, al principio, estaban seguros de su victoria frente a los rebeldes, y consideraban que el año 1777 sería decisivo para acabar con el levantamiento. Sin embargo, las cosas no sucedieron así. Tras la victoria en Saratoga en octubre de aquel año, que arruinó una estratégica maniobra de los ingleses, Gran Bretaña fue consciente de que aplastar la rebelión no iba a ser ni tan rápido ni tan indudable como algunos habían pronosticado. Pero lo peor para ellos aún estaba por llegar, y se produjo cuando Francia primero, y después España, decidieron intervenir en la contienda.

Desde que la Convención de Virginia solicitara apoyo a las coronas francesa y española, se emprendió un plan para favorecer de manera indirecta los intereses de los colonos. Podemos destacar en estos primeros momentos la actuación de hombres como Juan de Miralles, Diego Gardoqui, o Francisco de Saavedra. Eso sí, aunque eran acciones de carácter privado, en todo momento, contaron con el impulso y apoyo de la corona.



Retrato anónimo de Diego Gardoqui.

Cuando comenzaron los primeros movimientos revolucionarios, el gobernador de Luisiana Luis de Unzaga recibió instrucciones secretas del rey Carlos III en las que se le instaba a mantener una apariencia de neutralidad, aunque favoreciendo en lo posible a los colonos rebeldes. El gobernador entendía, lo mismo que el rey, que, si ganaban los ingleses esta guerra, los siguientes objetivos serían Cuba (ya La Habana había sufrido una ocupación británica anterior), México y Centroamérica. Estaba en juego el dominio del seno mexicano, puerta para el resto de la América española. Había que poner medios para frenar a los británicos.

Unzaga siguió las instrucciones de su rey y acometió diversas iniciativas, pero siempre manteniendo esa imagen de neutralidad. Un ejemplo de este apoyo es que el puerto de Nueva Orleans sirvió con frecuencia de refugio a barcos rebeldes perseguidos por la *Royal Navy*, jugando en un delicado equilibrio ante las protestas de los británicos.

En 1776, el principal comerciante de Nueva Orleans era Oliver Pollock, nacido en Irlanda y exiliado a América durante las persecuciones religiosas y políticas promovidas por Inglaterra. Será uno de los hombres clave en la causa estadounidense. Tras los inicios de su actividad mercantil en Filadelfia y en la Habana, acabó instalándose en Nueva Orleans, donde estableció su base de operaciones. El comerciante gozó de la protección de los gobernadores de Luisiana, convirtiendo su profesión en uno de los cauces fundamentales para la ayuda de España a los colonos. Pollock mantuvo su red comercial desde Nueva Orleans hasta San Luis, utilizando como ruta el Misisipi. El dominio del río se convirtió en uno de los puntos más conflictivos tanto en la guerra contra Inglaterra como, posteriormente, en las relaciones de España con los Estados Unidos, puesto que aseguraba la salida natural desde el interior del continente hasta el golfo de México.

En esta misma línea, el gobernador Unzaga creó una falsa sociedad en marzo de 1775, *Roderique Hortalez y Compañía*, aparentemente destinada a representar los intereses de financieros vascos, destacando entre estos la figura de Diego Gardoqui. La sociedad puso sedes en Bilbao y Cádiz, con el objetivo de facilitar material militar y ayuda financiera a las colonias inglesas, que llegaría a través de Nueva Orleans. Era una actividad completamente privada pero que, nuevamente, contó en todo momento con la aquiescencia de la corona. El papel relevante de Gardoqui fue tal que en la toma de posesión de Washington como primer presidente de los Estados Unidos, el 20 de abril de 1789, quiso el presidente que el español se situara a su lado en el desfile oficial. Además, Gardoqui se convertiría en el primer embajador del reino de España en los Estados Unidos de América.

Mientras tanto, desde la Península también se daban pasos para apoyar a los rebeldes de manera no oficial. El 17 de junio de 1776, el marqués de Grimaldi –por entonces secretario de Estado– envió al conde de Aranda 25.000 pesos que debían hacer llegar a los rebeldes en Filadelfia con el objetivo de adquirir material militar, que escaseaba.

El año 1777 trajo cambios internos en la política del Imperio español. En el continente americano, Bernardo de Gálvez sucedió a Luis de Unzaga como gobernador de Luisiana. Mientras que, en la Península, Floridablanca sustituyó como ministro de Estado al marqués de Grimaldi. Las decisiones tomadas por Carlos III se tomaron, en gran medida, a partir de las conversaciones entre Aranda y Floridablanca.

El ministro Floridablanca entendía que una manera de debilitar a Inglaterra sin provocar una guerra directa era enfrentarse a su aliada Portugal, lo que disminuiría el apoyo al ejército británico. Hacía años que Portugal y España mantenían un contencioso en los territorios del Río de la Plata. Aprovechando que Inglaterra tenía centradas sus fuerzas en Norteamérica y no podría apoyar a Portugal, desde Buenos Aires se envió un ejército para ocupar Colonia de Sacramento, en el actual Uruguay, que regresaba así a manos españolas. La estrategia de Floridablanca funcionó: además de recuperar un territorio que se había cedido a la Corona portuguesa en acuerdos anteriores, lograban que las tropas portuguesas no pudieran acudir en auxilio de los británicos, y lo mismo sucedería a la inversa.

Bernardo de Gálvez, desde Nueva Orleans, en la misma línea que su antecesor Unzaga, antepuso las cuestiones del norte, estableciendo una red de espionaje en el territorio de las Trece Colonias. Además, mantuvo su protección a barcos mercantes y corsarios de los revolucionarios que fondeaban en el puerto de Nueva Orleans. A la vez, desde España continuaba el flujo de cuantiosas sumas de dinero como crédito al ejército de Washington. El responsable de estas entregas era, nuevamente, Oliver Pollock.

El 1777, representantes del Congreso Continental se desplazaron a París. Allí trataron con el embajador Aranda la posible implicación oficial de España en la guerra a favor de los rebeldes. El conde de Aranda, movido por la prudencia que entonces imperaba en España, se reunía con ellos sin adoptar compromisos oficiales que pudieran provocar aún más roces con los ingleses. Uno de los comisionados, Arthur Lee, decidió trasladarse a España, contra la opinión de Aranda, para contactar directamente con Floridablanca o con el rey. Las noticias de la llegada de Lee a España se recibieron con aprensión en la Corte. Grimaldi fue enviado por el nuevo secretario de Estado a entrevistarse con Lee en Burgos. En ese encuentro, que lograron

ocultar a los ingleses, actuó como intérprete Diego Gardoqui. Se impelió a Lee a abandonar España, no sin antes recibir una buena noticia: el rey se comprometía a entregar a la causa norteamericana una ayuda de 12.500 pesos.

Mientras tanto, Gardoqui seguía organizando envíos para los rebeldes con ayuda del tesoro público. Tras recibir 70.000 pesos, envió 6 barcos con las bodegas repletas de suministros militares. Este envío fue decisivo, en palabras de Franklin, para lograr la victoria en Saratoga el 17 de octubre de 1777. Obviamente, toda esta ayuda de la Corona de España seguía siendo clandestina de cara a Inglaterra, aunque Jorge III tenía bastante claro cuáles eran las verdaderas intenciones de España y Francia.

Finalmente, dediquemos unas líneas a otro de los protagonistas de la ayuda española a la Guerra de Independencia. Se trata de Juan de Miralles Trayllon, escogido por el capitán general de Cuba, Diego Navarro, para ejercer como espía y reunir información en las colonias inglesas, también camuflado por sus empresas mercantiles. Los secretarios de Estado (Floridablanca) y de Indias (José de Gálvez) le encargaron que contactara con el Congreso y, particularmente, que hablara con el general George Washington, esta vez ya con clara intención de tantear las posibilidades de que España entrara en la guerra a favor de los colonos, y las consecuencias que este apoyo tendría.

Las habilidades sociales de Miralles introdujeron pronto en los círculos más elevados del movimiento independentista, hasta el punto de que llegó a convertirse en uno de los amigos íntimos de George Washington. Para lograr este acercamiento, y entregar la carta de presentación que le firmara Navarro en Cuba, Miralles organizó una cena en Filadelfia a la que asistieron, además de Washington, importantes miembros de la sociedad de Pensilvania. Entre otros, Von Steuben, el genial estratega prusiano que organizó el ejército continental. Miralles se presentó a Washington como el comisionado regio –no oficial– ante el Congreso Continental. Su papel era el de canalizar la ayuda que desde España se procuraba a los rebeldes. Aunque Miralles, más allá de su papel como intermediario, realizó importantes donaciones a título personal para la causa independentista.

El afecto entre Miralles y el general estadounidense fue creciendo, hasta el punto de que el español hizo suya la causa de Washington, mientras que el aprecio del general se hacía también patente en los numerosos encuentros e invitaciones que extendió al español. Pasados unos años, Miralles falleció precisamente cuando se encontraba alojado en la casa particular de Washington, en 1780. El futuro presidente de los Estados Unidos organizó un funeral de Estado por su amigo, reconociendo el inestimable apoyo que prestó a lo largo de la guerra.

4. La declaración de guerra a Inglaterra

Retomemos aquel ultimátum que Floridablanca envió a los británicos en abril de 1779. En ese momento ya había quedado claro que Inglaterra no aceptaría mediación alguna de España, y menos aún si el precio era entregar Gibraltar. Ese mismo mes, el día 12, Francia y España firmaron el Tratado de alianza defensiva y ofensiva contra Inglaterra. Este acuerdo secreto entre las dos monarquías de la Casa de Borbón tenía una serie de cláusulas que recogían las condiciones que cada reino exigía al otro cuando llegara el momento de firmar la paz con Inglaterra. Como veremos más adelante, no todas se cumplieron.

El artículo 1º del tratado se expresaba en estos términos:

Su Majestad católica declara, que si en respuesta á las últimas explicaciones y medios de pacificación propuestos á la corte de Londres, por correo extraordinario expedido en 3 de abril de este año, no viniere esta aceptándolos en términos que deba tener efecto desde luego dicha pacificación, entrará en guerra con el rey y corona de Inglaterra, y hará causa común con su Majestad cristianísima, publicando la declaración, y empezando las hostilidades en el tiempo y forma que han principiado ya a concertar dichos soberanos; para que no se malogren y sean efectivas las operaciones.

Este texto era el paso previo a la declaración de guerra contra Gran Bretaña, firmada el 21 de junio de 1779. Es interesante considerar que aquí no hubo un reconocimiento explícito de la independencia de los Estados Unidos. Se trataba, en principio, de combatir contra los ingleses que, desde hacía meses, atacaban los intereses de España, tal como queda reflejado en una Real Orden del 8 de julio dirigida a las autoridades españolas en las Indias:

La Corte de Londres, después de haber entretenido el tiempo con estudiadas promesas y dilaciones, ha reusado [sic] admitir los justos temperamentos que la propuso, descubriendo con esto el ambicioso espíritu que la domina. Su verdadero objeto ha sido dexas adormecer a España a la sombra de la negociación, mantener desunidas las fuerzas marítimas de la augusta Casa de Borbón, y dar tiempo a que madurase su proyecto de reparar con la usurpación de algunos de mis dominios Americanos las pérdidas que ha sufrido en sus establecimientos.

(...) Ultimamente llegaron hasta usurparme la Soberanía en la provincia del Darien, autorizando el Gobernador de Jamaica con patente de Capitán General en aquellos parages a un indio rebelde, y apoderándose en la Bahía de Honduras de las posesiones de los españoles...

Efectivamente, los ingleses trataban de hacerse con el poder en Honduras, de ahí la importancia que España daba a la necesidad de expulsarlos de Jamaica, desde donde los enemigos de España amenazaban la soberanía española sobre algunos territorios de Centroamérica y, además, alentaban el contrabando. Continuaba el texto del rey:

A pesar pues de mi natural disposición a conservar el imponderable bien de la paz, me he visto en la dura y sensible necesidad de mandar retirar de la Corte de Londres a mi Embaxador; cortar toda comunicación, trato o comercio entre mis vasallos y los del Rey Británico por mi Real Decreto de 21 de junio anterior⁴.

A partir de este momento, ya sin necesidad de aparentar una falsa neutralidad, España dirigió todo su esfuerzo militar (ya hemos hablado del apoyo financiero) a atacar los intereses de Inglaterra, y lo haría en diversos escenarios que consideraba cruciales, para lograr los objetivos que realmente perseguía: Menorca, Gibraltar y el Caribe. Sólo una escuadra combinada hispano-francesa lograría perjudicar a los ingleses en territorios que se repartían por todos los mares del planeta.

La guerra en el mar

Gran Bretaña seguía siendo la mayor potencia marítima, pero si España y Francia unían sus fuerzas navales su capacidad era mayor que la británica. El 7 de febrero de 1779 se había enviado a París, para que el aliado tomara consciencia de nuestras fuerzas, la Lista Oficial de Buques de la Armada, especificando su despliegue. España contaba con 54 navíos, 26 fragatas y una cantidad considerable de fuerzas útiles para la guerra que comenzaba, y así lo comunicó al Gobierno francés el conde de Aranda.

El problema para los ingleses ya no iba a ser sólo América. La guerra se iba a extender a muy diversos escenarios. En primer lugar, al canal de la Mancha, donde la amenaza de una invasión franco-española se veía cada vez más cercana. En el Atlántico, donde se trataba de cortar las rutas de suministros frenando o capturando convoyes británicos, una de las acciones esenciales en la guerra.

Desde el punto de vista de los intereses franceses, Gran Bretaña debía defender sus posesiones en la India y el golfo de Bengala. Por último, el gran objetivo español: la recuperación de Menorca y Gibraltar. Se volvían a repetir los escenarios de la Guerra de los Siete Años, pero en esta ocasión cambiaban las tornas.

4 Real Cédula de S. M. en que, manifestando los justos motivos de su Real resolución de 21 de junio de este año, autoriza a sus vasallos americanos, para que por vía de represalias y desagravio hostilicen por mar y tierra a los súbditos del Rey de la Gran Bretaña. 8 de julio de 1779.

Esto ya nos proporciona un dato fundamental: la guerra fue, principalmente, marítima. Como ha señalado Rodríguez Garat:

Otro de los factores que condicionaron el resultado final fue la naturaleza marítima de la guerra, que no debería verse disimulada por el brillo de las batallas de Saratoga, Yorktown o Pensacola, por más que fueran estos combates los que decidieron el conflicto en Norteamérica. En realidad, fue la mar el centro de gravedad del esfuerzo bélico de los contendientes. Así, mientras en las grandes acciones terrestres antes citadas los ejércitos en combate rara vez excedieron de 10.000 hombres por bando, las dotaciones de la enorme escuadra combinada que entró en el canal de la Mancha en 1779 no estarían lejos de sumar 50.000 hombres⁵.

La Armada franco-española, cuyo objetivo era Inglaterra, llegó al Canal de la Mancha en agosto de 1779, bajo el mando del francés D'Orvilliers. Al frente de la escuadra española se encontraba Luis de Córdova, a quien Floridablanca se refería como «el viejo», porque tenía ya 73 años al inicio de la guerra. El objetivo era trasladar soldados franceses a la isla para tener así una baza con la que negociar. Sin embargo, la falta de entendimiento entre los oficiales franceses y españoles, así como la indecisión en momentos clave, provocó el fracaso de este ataque. A pesar de no haber logrado el objetivo de llevar tropas a Inglaterra, se consideró que esta acción favoreció los intereses de España y Francia por la defensa que tuvo que organizar Inglaterra. La cercanía de la formidable Armada llevó el pánico a Londres, obligó a los barcos británicos a protegerse en sus puertos, y forzó a los ingleses a mantener una flota en las islas para prevenir cualquier posible ataque, restando barcos a los que debían haber marchado a América y a todos los territorios británicos que estaban en riesgo de ser ocupados. Todo esto, además, sin haber entrado en combate.

En dos ocasiones más, durante los veranos de 1781 y 1782, volvería la Armada al Canal, pero al frente iría esta vez el español Luis de Córdova. Ya no se trataba de invadir, sino de hostilizar y dificultar las comunicaciones marítimas, y mantener a la *Royal Navy* en un estado permanente de defensa. Este dominio del mar por parte de la escuadra combinada facilitó las operaciones decisivas en otros escenarios de la guerra. De hecho, en gran medida la batalla definitiva de Yorktown (1781) en tierra americana fue posible gracias a la derrota inglesa en Chesapeake Bay, por falta de fuerza naval. Lo mismo se puede afirmar de la toma de Menorca, donde las fuerzas inglesas no tenían apoyo naval para defender la isla.

5 Rodríguez Garat, J (2022), p. 106.



Escuadra de Luis de Córdova (Museo Naval)

De hecho, Gran Bretaña, a diferencia de lo sucedido en enfrentamientos anteriores, hizo una guerra más defensiva, sin tomar la iniciativa, tratando de proteger sus muchos puntos vulnerables. En cambio, la Armada combinada franco-española asumió la iniciativa en distintos frentes: bloqueó puertos ingleses, asedió el Peñón, ocupó Menorca y, finalmente, tuvo un papel esencial en el envío de suministros y traslado de tropas a Norteamérica.

Ya hemos señalado que las fuerzas navales combinadas actuaron en otros escenarios. Uno de ellos fue la propia América, donde la escuadra de José Solano y Bote fue decisiva para apoyar las operaciones de Gálvez. Su escuadra llegó al Caribe en junio de 1780, al mando de los navíos de guerra que protegían un convoy de más de cien buques portadores de todo tipo de suministros necesarios para reforzar las guarniciones españolas. Esta escuadra tuvo que hacer frente a múltiples contratiempos, entre ellos una epidemia de peste y los huracanes propios de la región. No lograron uno de sus objetivos, que era Jamaica, pero fueron determinantes por su apoyo a las operaciones de Gálvez en Pensacola, tanto como medio de traslado de tropas como bloqueo para frenar a los barcos ingleses que intentaran socorrer a sus compatriotas. Solano y Bote recibió, en premio por esta acción, el título de marqués de Socorro.

Se pone por tanto de manifiesto que, frente a los éxitos españoles, la Marina Real británica, en su posición defensiva, no logró cortar el tráfico español entre América y España. Aunque en las operaciones de Pensacola y Menorca las fuerzas de tierra fueron las protagonistas, el éxito quedó garantizado por el control de la Armada en las rutas marítimas.



Plano de la plaza i peñón de Gibraltar i del proieto de ataque por las armas de España en el año 1782. Lino Sancho Otovia. Museo Naval

El sitio a Gibraltar, objetivo prioritario para la Corona, comenzó en junio de 1779 con un bloqueo por tierra, con 13.000 hombres al mando del general Martín Álvarez de Sotomayor, y un bloqueo por mar organizado por el jefe de escuadra Antonio Barceló, otro de los grandes desconocidos de la historia naval de España. También se implicó en este escenario la escuadra de Córdoba. Se trataba de lograr la rendición de los habitantes del Peñón, evitando que recibieran ayuda y víveres.

Sin embargo, mantener un bloqueo naval durante mucho tiempo siempre es complicado. Los barcos pequeños podían sortear la vigilancia de la escuadra española, y no siempre era posible mantener los barcos apostados por las inclemencias del tiempo, o por ser necesarios en otros puntos del conflicto.

En los casi cuatro años que duró la guerra, tres convoyes británicos lograron llegar a la colonia, precisamente en los momentos en que la guarnición inglesa estaba cerca de rendirse por la carencia de un mínimo para sobrevivir. De esta manera, Gibraltar pudo mantenerse en manos británicas, a pesar de los intentos por parte de España de retrasar la firma de los tratados de paz hasta que el Peñón fuera devuelto a soberanía española.

No obstante, la presencia permanente de flotas españolas entre las Azores y Gibraltar para interceptar buques enemigos consiguió uno de los mayores logros de la guerra contra Inglaterra. El protagonista, una vez más, fue Luis de Córdoba, a bordo de su buque insignia, el *Santísima Trinidad*. Una fragata enviada por Floridablanca le avisó de la salida de dos ricos convoyes ingleses, escoltados tan sólo por un navío y dos fragatas que se separarían en las Azores, uno con destino a América y otro a la India. Los españoles descubrieron el convoy el 9 de agosto,

antes de que se hubiera separado, apresando cincuenta y una de sus cincuenta y seis velas. El valor de lo capturado superó los 140 millones de reales y constituyó posiblemente el golpe más duro de la historia naval británica.

Bernardo de Gálvez y la Batalla de Pensacola

Terminemos el relato de la guerra con la acción que da nombre a esta disertación, puesto que su protagonista incuestionable fue don Bernardo de Gálvez. Ya se ha reiterado el gran reconocimiento que tuvo por parte de los estadounidenses como apoyo decisivo para su independencia. Además, a su decidida actuación debió España la recuperación de la Florida, que en aquellos momentos era posesión de los británicos.

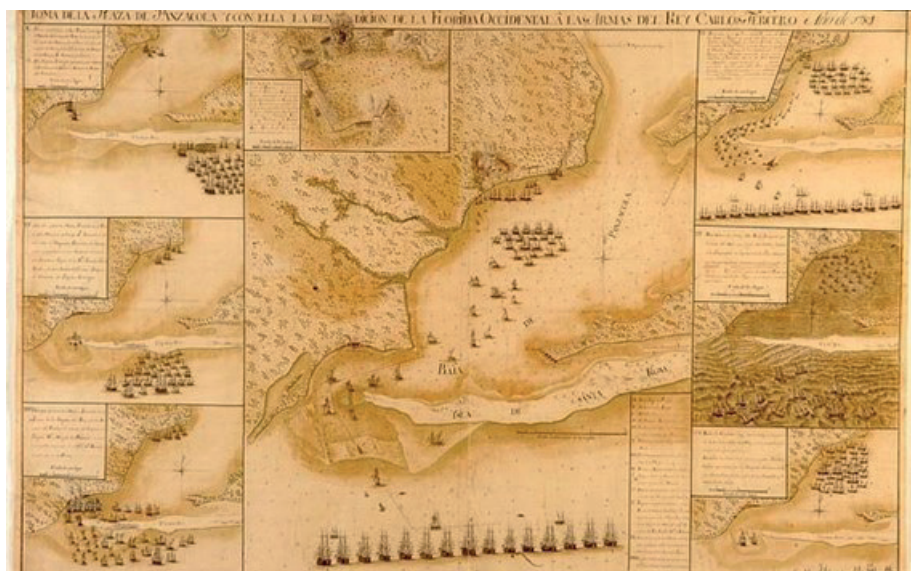
La victoria definitiva en Pensacola se logró el 8 de mayo de 1781. Fueron necesarios muchos preparativos, y varias acciones militares exitosas, para lograr este hecho, considerado como decisivo para la causa independentista.

Bernardo de Gálvez, el malagueño que sucedió a Luis de Unzaga en el gobierno de la Luisiana, a principios de 1777, pertenecía a una familia que tuvo enorme relevancia en la historia de América. Su tío José de Gálvez, después de ser visitador oficial de la Nueva España, recibió el nombramiento de ministro de Indias. El hermano de José y padre de Bernardo, Matías de Gálvez, fue virrey de la Nueva España y desempeñó un destacado papel en la defensa del Caribe y Centroamérica.

Don Bernardo, como varios de los protagonistas de esta guerra, se había formado en la escuela militar de Ávila, y, tras varias operaciones en el Mediterráneo, ocupó su destino en Nueva Orleans. Continuando la labor de Unzaga, aportó toda la ayuda que pudo a los rebeldes norteamericanos, primero de manera indirecta y, tras la declaración de guerra, poniendo toda su capacidad militar al servicio de los intereses de España en América.

Pensacola no era plaza fácil, en gran medida por su ubicación geográfica. Por este motivo, se hacía imprescindible tomar otras posesiones inglesas para evitar que desde ellas pudiera llegar ayuda a Pensacola. La toma exitosa de Mobile se considera determinante para allanar el camino hacia Pensacola. El 16 de octubre de 1780, las tropas de Gálvez, con el apoyo de la Armada, zarpaban de La Habana rumbo a Florida. Esta flota tuvo que enfrentar los huracanes mencionados anteriormente, y quedó desarbolada. Pero de nuevo se emprendió la navegación el 13 de febrero de 1781, desde la Habana hacia el golfo de México, con un objetivo: ocupar Pensacola y recuperar así la Florida, que los ingleses habían arrebatado a España tras la Guerra de los Siete Años.

Los barcos españoles lograron llegar a la isla de Santa Rosa, que formaba un muro frente a la bahía de Pensacola, defendida por el inglés Campbell. Allí fondearon los barcos y se diseñó la estrategia a seguir. En este momento decisivo se produjeron desencuentros entre marinos y soldados. Al frente de la escuadra española se encontraba José Calvo de Irazábal. El buque insignia de la escuadra, el *San Ramón*, que era el de mayor calado, encalló en la barra que daba entrada a la bahía, y el comandante se negó a que sus barcos entraran a la bahía, pues consideraba que no tenía profundidad suficiente y los barcos serían blanco fácil para las baterías británicas.



Plano de la toma de Pensacola (Archivo Histórico de la Armada)

Gálvez entonces, tomando la decisión que lo convirtió en héroe de la guerra, optó por liderar la incursión en la bahía de los cuatro barcos que dependían directamente de su mando, navegando él a bordo del *Galveston*. Según cuentan algunos de los relatos de esta acción, fue entonces cuando el comandante en jefe, haciendo caso omiso a las precauciones del marino, hizo un llamamiento a los suyos, gritando: «El que tenga honor y valor que me siga». Afortunadamente, los cuatro navíos que dependían de las órdenes de Gálvez atravesaron la barra sin problema, y además lograron eludir en gran medida el fuego enemigo, que apenas dañó a los navíos. Entonces, el resto de la flota –salvo Calvo de Irazábal, que acusó a Gálvez de traición y regresó a La Habana– decidió seguir a Gálvez.

Allí fondeados los barcos, Gálvez decidió esperar refuerzos, que llegaron desde Mobila, Nueva Orleans y La Habana. En aquel momento, las fuerzas de Gálvez sumaban casi 7.500 soldados y 19 navíos. Además, al frente de la flotilla llegada de La Habana iba José de Solano y Bote, cuya relación con Gálvez fue mucho más fluida que la de Calvo.

Frente a ellos, y a las órdenes del general John Campbell, defendían el sitio 3.600 hombres, entre los que había soldados de regimientos británicos, marinos, civiles armados y unos 950 indios. Tras una heroica defensa desde Fort George, los ingleses tuvieron que alzar bandera blanca y entregar Pensacola a las fuerzas españolas. El asedio había comenzado con la llegada de los primeros barcos el 9 de marzo y las capitulaciones se firmaron el 9 de mayo. Al día siguiente, los españoles tomaron posesión de la plaza, donde volvió a ondear la bandera de España.

Desde el momento de la rendición inglesa de Pensacola, se consideró esta victoria como decisiva para determinar el final de la guerra, como escribía Thomas Jefferson a Gálvez, expresando su agradecimiento por la ayuda de España a la fuerza revolucionaria.

La hazaña de Bernardo de Gálvez recibió pronto el reconocimiento de Carlos III, que, haciendo referencia a su entrada en la bahía a bordo del *Galveston*, le otorgó el lema «Yo solo» para su escudo de armas. La memoria de Bernardo de Gálvez quedará siempre ligada para la historia a ese emblema.

5. El final: una victoria con sabor agri dulce

Cuando anteriormente hablábamos del acuerdo secreto de Aranjuez (1779), en el que España y Francia se comprometían a ir a la guerra de manera conjunta, ya mencionamos que no todo el contenido del tratado fue respetado por ambas partes. De manera especial nos interesa resaltar el artículo 7º, en el que se establecían las condiciones que debían darse cuando se firmaran los acuerdos de paz:

El rey católico por su parte entiende adquirir por medio de la guerra y del futuro tratado de paz las ventajas siguientes: -1º la restitución de Gibraltar: -2º la posesión del río y fuerte de la Mobila: -3º la restitución de Panzacola con toda la costa de la Florida correspondiente al canal de Bahama, hasta quedar fuera de él toda dominación extranjera: -4º la expulsión de los ingleses de la bahía de Honduras, y la observancia de la prohibición pactada en el último tratado de París de 1763 de hacer en ella ni en los demas territorios españoles establecimiento alguno: -5º la revocación del privilegio concedido á los mismos ingleses de cortar el palo de tinte en la costa de Campeche: -y 6º la restitución de la isla de Menorca.

Es decir, además de señalar que ninguno de los aliados debía firmar tratados por separado con las otras potencias, esos tratados debían estar condicionados a la aceptación de las exigencias puestas por los monarcas de Francia y España.



Recuperación de Menorca (Museo Naval)

Entre las condiciones requeridas por España, la primera, la gran ambición de Carlos III al entrar en la guerra, que era la recuperación de Gibraltar, no se logró. Cuando la guerra estaba avanzada, y se daba por culminada la derrota británica, Estados Unidos envió para las negociaciones con España a John Jay. Este representante, que se entrevistó en varias ocasiones con Floridablanca, exigía a España que reconociera la independencia de los Estados Unidos, al margen de cuál fuera el destino de Gibraltar.

A pesar de su derrota militar, Inglaterra jugó bien sus bazas en la guerra diplomática. Se adelantó a firmar un tratado de paz con los Estados Unidos el 30 de noviembre de 1782. Este acuerdo bilateral lograba excluir a Francia y España de las primeras negociaciones. Más tarde, se firmaron en París los tratados definitivos de Gran Bretaña y Estados Unidos, así como acuerdos separados de los ingleses con Francia y con España.

Esta maniobra británica logró que Francia «olvidara» su compromiso de no firmar la paz hasta que Gibraltar fuera devuelto a España. Tampoco logró España que se reconociera su derecho a los territorios de la orilla occidental del Misisipi tomados en campaña por Bernardo de Gálvez, ni el derecho a la posesión de las Bahamas, que volvían a formar parte de la corona británica.

Por tanto, a pesar de encontrarse en el bloque que había ganado la guerra, España no obtuvo la recompensa que ambicionaba al posicionarse al lado de Francia y de los Estados Unidos. Las victorias de Gálvez, tan elogiadas por los estadounidenses, no se concretaron en la posesión por parte de España de todas las tierras ganadas por Gálvez, ni en el control absoluto de la navegación por el Misisipi.

Estados Unidos, principal triunfador de la guerra, nacía como república independiente y su Constitución entraría en vigor en marzo de 1789. George Washington prestó juramento como primer presidente el 20 de abril de ese año. En los actos ceremoniales de la toma de posesión, Diego de Gardoqui fue distinguido por el propio Washington al indicarle que se situara a su lado en el desfile de honor, demostrando así no sólo la amistad que los unía sino también su agradecimiento hacia España. Durante varios días, el flamante presidente recorrió distintas localidades, donde se le recibía como a un héroe, y en Elizabethtown, junto a otras autoridades, subió a una barcaza construida expresamente para llevarlo a Nueva York. En este puerto se encontraba el *Galveztown*, el bergantín de Bernardo de Gálvez que había jugado tan destacado papel en la independencia norteamericana y que, una vez reparado, pudo saludar al nuevo presidente con quince salvas de cañón. Este acto ponía de manifiesto que España estuvo con la causa estadounidense hasta que la nueva república se consolidó como nación.

Bibliografía de referencia

- Autores Varios (AAVV).** *Del Caribe al Canal de la Mancha. La Armada española en la Independencia americana*. Ministerio de Defensa, Madrid, 2022.
- Autores Varios (AAVV).** *España y la independencia norteamericana*. Revista de Historia Naval, cuaderno monográfico, nº 70. Ministerio de Defensa, Madrid, 2015.
- Blanco Núñez, José María.** «Escenario europeo (Gibraltar, Menorca y el Canal)». En *España y la independencia norteamericana*, Revista de Historia Naval, cuaderno monográfico, nº 70. Ministerio de Defensa, Madrid, 2015.
- Calleja Leal, Ricardo.** «Actitud de España ante la revolución de las colonias de la América del Norte, antes de declarar la guerra a Gran Bretaña (1776-1779)». *Revista de Historia Militar*, número extraordinario I, 2016, pp. 41-96. Ministerio de Defensa, Madrid.
- Chávez, Thomas E.** *España y la independencia de Estados Unidos*. Taurus, Madrid, 2006.
- Chávez, Thomas E. (ed.).** *La diplomacia de la independencia: documentos de Benjamin Franklin en España*. Universidad de Alcalá, Madrid, 2019.
- Ferreiro, Larrie D.** *Hermanos de armas: La intervención de España y Francia que salvó la independencia de Estados Unidos*. Desperta Ferro, Madrid, 2019.
- Garrigues, Eduardo.** «El reconocimiento de la ayuda de España a la independencia de los Estados Unidos». *Tribuna Norteamericana*, nº 45, diciembre de 2024. Instituto Franklin-UHA, Alcalá de Henares.
- Guerrero Acosta, José Manuel.** «Ayuda logística y estratégica de España a la independencia de los Estados Unidos: jirones olvidados de nuestra historia». *Revista de Historia Militar*, número extraordinario I, 2016, pp. 111-140. Ministerio de Defensa, Madrid.
- Guimerá Ravina, Agustín.** «Un liderazgo compartido: la conquista de Penzacola, 1781». *Revista de Historia Militar*, número extraordinario I, 2016, pp. 141-166. Ministerio de Defensa, Madrid.
- Olmedo Checa, Manuel.** *Bernardo de Gálvez, In Memoriam*. Málaga, 2009.
- Olmedo Checa, Manuel.** «La participación española en la guerra de la independencia norteamericana». En *España y la independencia norteamericana*, Revista de Historia Naval, cuaderno monográfico, nº 70. Ministerio de Defensa, Madrid, 2015.
- Quintero Saravia, Gonzalo.** *Bernardo de Gálvez: un héroe español en la Guerra de Independencia de los Estados Unidos de Norteamérica*. Alianza Editorial, Madrid, 2021.
- Rodríguez Garat, Juan.** «Por los caminos del mar. Las claves de una victoria». En *Del Caribe al Canal de la Mancha. La Armada española en la Independencia americana*. Ministerio de Defensa, Madrid, 2022.

María Saavedra Inaraja

Doctora en Historia de América por la Universidad Complutense de Madrid (1998), actualmente es profesora titular de Historia de América en la Universidad CEU San Pablo (Madrid). Dirige la *Cátedra Internacional CEU Elcano. Historia y Cultura Naval*, desde su creación en julio de 2019.

Es autora de cuatro libros, incluyendo la novela histórica *El capitán de la Victoria. Letras desde la mar de Juan Sebastián Elcano*. Ha publicado numerosos artículos en revistas especializadas, así como trabajos en obras colectivas. Forma parte del claustro de profesores del *Curso de Historia Militar*, organizado anualmente por el Instituto de Historia Militar.

Ha realizado estancias de investigación en Lima, Montevideo y Buenos Aires. Entre los premios y distinciones recibidos, cabe destacar el Premio de Investigación Rafael Altamira y el Premio de Investigación Caballeros de Yuste. En 2020 fue condecorada con la Gran Cruz al Mérito Naval con distintivo blanco.

Colabora habitualmente en medios de comunicación y promueve diversas actividades de divulgación histórica. Es investigadora principal del Grupo de Investigación Reconocido CEUNAVAL, y dirige la colección *Estudios CEU Elcano*, de CEU Ediciones.

Universidad CEU San Pablo
Vicerrectorado de Relaciones Institucionales y Secretaría General
Isaac Peral 58, 28040 Madrid
Teléfono: 91 456 63 00
www.uspceu.es